

HNA. MARÍA MÓNICA LOYARTE (ATWOOKI)

(1958 -1994)



La hermana Mónica nació en Godoy Cruz, el 18 de noviembre de 1958.

Demostró su entusiasmo juvenil en el colegio Santa Rosa de Lima de La Consulta, San Carlos, Mendoza, entre otras cosas misionando en zonas rurales y dando catequesis a los soldados en Campo de los Andes.

Ingresó a las Hnas. Dominicas de Santa Catalina de Siena el 25 de febrero de 1978.

A los 20 años, Mónica era novicia y residía en Mar del Plata. En 1981 hizo sus votos religiosos y cuatro años más tarde regresó a Mendoza, cerca de su familia, para encargarse de la catequesis en el Colegio Santa Rosa de Lima, situado en Guaymallén. Tímidamente despuntaba su espíritu itinerante, organizando un grupo de quince chicas, que salían en bicicleta dos veces por semana, a catequizar una zona rural llamada Villa Chacón,

En 1991, la General de la Orden, Madre Pía hace un llamado a todas las hermanas de la Congregación para abrir las misiones en África. Después de reiterados pedidos a las superiores de la congregación, le autorizaron a hacer las valijas. Fue seleccionada, junto con cinco religiosas de otros países, para abrir una casa de la comunidad en la inhóspita Kakumiro, en cuya existencia, aunque repasaba asiduamente el mapa africano, jamás había reparado. La preparación previa fue dura, a la medida de su desbordante energía. Estuvo un año en Italia y otro en Inglaterra para aprender inglés, idioma oficial de Uganda.

Hasta que por fin llegó a su tierra prometida, con un curioso equipaje compuesto, principalmente de semillas, con las que dio vida a un inmenso jardín de flores argentinas, inglesas e italianas. Según ella, simbolizaban a la gente que había conocido en su viaje.

En Kakumiro, una aldea a 300 kilómetros de Kampala, la capital de Uganda, se toman su tiempo en aceptar a los extranjeros. Recién al cabo de dos meses, los nativos se expiden sobre si aceptan o rechazan al recién llegado. Pero a Mónica Liliana Loyarte le dieron el visto bueno sin dudarlo y cumplieron con el ritual del cambio de nombre: desde entonces, Mónica, la monja mendocina que desde el noviciado soñaba con una misión en África, fue bautizada "Atwooki", que significa en el dialecto de la región "flor plantada en nuestro jardín".

En una carta a una amiga de Buenos Aires, confesaba que "si no quisiera tanto a la gente, no extrañaría tanto, pero tampoco gozaría tanto de la vida como gozo. Cuando no tuve a

mi querida gente argentina al lado, tuve italianos, ingleses y personas de otros países. Hoy tengo a los ugandeses".

A sólo cinco meses de residir en Kakumiro "la flor" se había arraigado. Acaso, entonces, la única forma de arrancarla sería -como sucedió- por medio de una violencia inverosímil. El 25 de febrero de 1994, Mónica salió con un auto de la comunidad a la que pertenecía, acompañada por dos sacerdotes. Iban al aeropuerto de Kampala a recibir a una religiosa italiana. Un grupo de hombres armados interceptó el coche en la ruta y ante el intento de fuga del sacerdote que manejaba abrieron fuego. Mónica recibió un disparo en el hombro y otro en el cuello. Horas después, mientras agonizaba, un auto que pasaba por el solitario camino los recogió para llevarlos a un hospital. La religiosa había perdido mucha sangre y allí murió. Tenía 36 años de edad.

La familia de Mónica decidió que sus restos quedaran en Kakumiro, el lugar que amó desde antes de conocerlo. Según una tradición local, las personas que allí mueren son enterradas en el fondo de su casa. La monja fue sepultada el jueves por la mañana en la casa de la comunidad, entre las flores, indudablemente su lugar.

Hermana Mónica, nuestra Atwooki, intercede por la vida religiosa y las misiones